



Piccole Suore Missionarie della Carità
(Opera Don Orione)
Casa generale
Via Monte Acero, 5 – 00141 Roma
www.suoredonorione.org



"Hacer nacer a otros"

Prot. MG 53/25

Objeto: Circular de Adviento 2025

Queridas hermanas,

les escribo esta carta al finalizar el Jubileo de la Familia Carismática Orionita (FCO). Quienes participaron directamente y quienes espiritualmente a través de las comunicaciones, pudieron ver y sentir la alegría de ser una Familia, de caminar y testimoniar juntos como peregrinos de esperanza.

Llevo en mi corazón también otra experiencia, la vivida en Argentina en la Asamblea general del MLO y la de la Asamblea general de evaluación de los FDP. Y luego también la peregrinación de la FCO al Santuario de N.S. Aparecida en Brasil, al corazón de la Madre que ama y protege siempre. Estas circunstancias me han dado un nuevo impulso para vivir y promover el camino de comunión, porque estamos creadas a imagen de Dios-comunión de Personas. En nuestra historia carismática, la Virgen María mostró a Don Orione que bajo su manto celestial somos como una sola familia con rostros diferentes, un Pueblo que camina unido en la complementariedad de cada miembro.

Para caminar juntas, como la Iglesia nos anima hoy, es necesario hacer crecer y madurar, sea a nivel personal que comunitario, la capacidad de relación: cuidar nuestra autoestima, la conciencia de nuestra dignidad humana y la capacidad de convertirnos cada vez más en personas a imagen de Dios y hacer lo mismo con los demás, especialmente con aquellos con quienes vivimos o encontramos.

María Santísima es para nosotros un ejemplo sublime de este camino. Ella, humilde sierva del Señor, hija amada del Padre, bajo la acción del Espíritu Santo, acogió con su generoso Sí, al Hijo de Dios, Jesús, lo dio al mundo y lo hizo crecer para cumplir su misión mesiánica.

Y nosotras hoy, cada una personalmente, está llamada a vivir auténticamente el proceso "gestacional", es decir, bautismal, de morir al hombre viejo y nacer como nueva criatura, "nacer de arriba, del Espíritu" y llevar a cabo esta sublime misión hacia los demás: "hacer nacer a otros", como personas más bellas, más plenas, más conscientes de la filiación divina, "para que nuestra alegría sea plena" (cf. Jn 15:11).

¿Cómo se puede hacer nacer a alguien?

Esta pregunta podría estar en el trasfondo del Adviento 2025: una interpelación, una inquietud y un impulso por la búsqueda y la acción.

El camino del Adviento será fructífero para nosotras si logramos crecer en el sincero don de nosotras mismas para hacer que otros vivan mejor a nuestro lado, en la comunidad, en la obra, en el servicio, en la pastoral.

El Papa Francisco en "Fratelli tutti" escribe: "Un ser humano está hecho de tal manera que no se realiza, no se desarrolla ni puede encontrar su plenitud «si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»" (GS, 24). Ni siquiera llega a reconocer a fondo su propia verdad si no es en el encuentro con los otros: «Sólo me comunico realmente conmigo mismo en la medida en que me comunico con el otro». Esto explica por qué nadie puede experimentar el valor de vivir sin rostros concretos a quienes amar. Aquí hay un secreto de la verdadera existencia humana, porque «la vida subsiste donde

hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer sólo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte»." (87)

Y continúa su reflexión: "Desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros «una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser»" (88).

La vida nace del amor gratuito, como el de Dios. En las dos últimas encíclicas "Dilexit nos" y "Dilexite" encontramos el mismo hilo rojo y una invitación apremiante, casi la súplica de ir en esta dirección para encontrar la alegría.

Esta invitación también está en nuestras Constituciones y Normas que estamos estudiando de nuevo y en las líneas y decisiones de nuestro 13º Capítulo General: "Ser mujeres, hermanas y madres..., generadoras de 'nueva vida', misioneras con corazón samaritano...". Sabemos que esto ocurre "bajo la sombra del Espíritu Santo" y los santos son la confirmación de ello.

Algunos ejemplos

Me conmovió el testimonio de Juan Ravinalle, antiguo alumno de Don Orione. En 1905, después de dos años en el colegio Don Bosco en Turín, fue expulsado por mala conducta, con la idea de internarlo en una prisión juvenil. El antiguo párroco del pueblo se interesó por él y lo orientó al Paterno di Tortona. Relata: "Don Orione leyó la carta que traía y que me había dado mi antiguo párroco ... Me miró fijamente, sin decir una sola palabra, y me dio un puñado de caramelos". Después lo puso en una habitación cerca de la suya para vigilarlo. "Hice varias fechorías, pero – confiesa Juan – Don Orione se había propuesto de hacerme un hombre con mansedumbre y paciencia, y lo consiguió". Y añadía que Don Orione solía decir en tono de broma: "El Señor me ha dado dos penitencias: este muchacho y este cimarrón (viejo caballo)".

Juan después se mudó a Argentina y encontró un buen trabajo. Tras casi 25 años, sabiendo que Don Orione había llegado a Argentina para el Congreso Eucarístico en 1934 e informando que se alojaba en la Calle Victoria 2084 (donde estaban y están hasta hoy las hermanas), fue a visitarlo. Aquí, su historia: "Eran las nueve de la mañana; Me había anunciado como exalumno sin decir mi nombre... No hubo ninguna espera para mí... vino... me abrazó fuerte pronunciando mi nombre y gruesas lagrimas se escaparon de los ojos de ambos.

Ese abrazo, el más tierno, el más cariñoso, el más sincero, el más puro de toda mi vida, lo siento en mi corazón cada día, de hecho, cada instante de mi vida. Conservo muchos recuerdos valiosos de Don Orione y manuscritos con su firma; ¿pero qué mejor recuerdo que mi propia persona que ese hombre santo supo regenerar en mi tierna juventud?"¹.

Para la reflexión personal

¿Qué valor damos a nuestras miradas, actos de paciencia, gestos de bienvenida, palabras de aliento? ¿Sentimos que es precisamente en la relación empática y paciente con el otro/a donde se produce una comunicación generosa que da vida, transforma y regenera? ¿Recuerdas algún momento así?

En este tiempo de Adviento aprendamos también de nuestra querida hermana M. Plautilla, ahora Venerable, para asimilar esa caridad que genera nueva vida.

La hermana M. Pellegrina testimonia: "La hermana M. Plautilla era paciente, dulce, siempre sonriente. Intuía las necesidades de los enfermos y las prevenía. Solícita, siempre disponible; cuando se le pedía un favor, hacia todo lo posible por responder positivamente (...).

Amaba a todos, disculpaba a todos, ayudaba a todos. Nunca la vi enojarse, ni alzar la voz, ni sentirse ofendida de alguna forma, por cualquier acción que pudiera recibir de alguien.

¹ De los textos del Itinerario Carismático durante el Encuentro Interprovincial en Buenos Aires (2009), p. 123-126.

Sin duda, su caridad era un amor que tenía su origen en Dios y que se extendía a sus hermanas, a los enfermos y a quienes encontraba. Simple, franca, veía lo bueno en el prójimo y le gustaba resaltarlo" (*Positio*, 18-20).

La hermana M. Fiorina cuenta: "Me enviaron a Paverano en tiempos de guerra, como asistente de la hermana enfermera. Durante ese tiempo, yo, que no tenía ni idea de enfermedades ni de curaciones, al encontrarme en contacto directo con los enfermos, tuve la suerte de tener a mi lado la hermana Plautilla, que era una hermana atenta y cariñosa para ayudarme y enseñarme. En ella encontré la encarnación del tipo de 'hermana orionita' tal y como me lo habían presentado durante el noviciado.

Dos veces por semana yo tenía que pasar la noche con los enfermos. Le confesé a la Sierva de Dios que tenía miedo de estar sola con esas pacientes, especialmente porque estaban enfermas mentalmente; mi miedo era, sobre todo, no poder ayudar adecuadamente a estas enfermas cuando estuvieran en peligro de muerte.

La Sierva de Dios me animó y me invitó a llamarla en caso de necesidad simplemente tocando su cama; se vestiría y vendría a ayudarme (...).

Su servicio de religiosa enfermera lo realizaba con tanto amor y alegría y con prontitud incluso ante pacientes repugnantes; cuando terminaba su trabajo, les acariciaba la cara y les decía: 'Vamos, ¿ves lo hermosa que eres ahora?'

Sus expresiones habituales, especialmente en los momentos difíciles, eran: '¡Ven, valor, hagamos todo por Dios! El Señor lo ve todo'.

Si tenía que pedirle algo, no me atrevía a hacerlo en los momentos en que la veía rezando. De hecho, solía decir que, así como encontramos tiempo para todas las demás cosas, mucho más debemos encontrarlo para Dios; añadía que en la oración encontraba la fuerza para rehacerse" (*Positio*, 80 y siguientes).

Para la reflexión personal

La caridad de la hna. M. Plautilla encontraba su origen en Dios y se extendía a sus hermanas, a los enfermos y a quienes conoció. ¿Dónde buscas la fuerza para nutrir tu donación diaria y así generar nueva vida?

Le he preguntado a alguna de ustedes: "¿Cómo puedo hacer nacer a alguien...?" y obtuve buenas respuestas...

Una de nuestras hermanas jóvenes escribe: "Para mí, hacer nacer a alguien significa ayudarle a descubrirse a sí mismo, a florecer, a sentirse vivo y reconocido. Humanamente esto significa: acogida auténtica, ofrecer una escucha verdadera sin juicios, para que el otro se sienta reconocido; ser una persona de confianza capaz de apoyar a los demás; ser capaz de pequeños gestos concretos: animar, sonreír; ofrecer un testimonio de vida: vivir con coherencia y gratitud; ofrecer oportunidades de crecimiento personal y profesional, como prácticas, cursos de formación y experiencias, estar presente en los momentos difíciles; caminar espiritualmente juntos; transmitir esperanza; orar por los demás, compartir la Palabra de Dios; estar presente en sus vidas...".

Otra respuesta: "Hacer nacer a alguien significa, ante todo, reconocerlo como persona, con un nombre, una identidad, una dignidad, pero para hacerlo nacer, primero tienes que descentrarte para centrarte en el otro, tienes que estar abierta hacia el otro y no autorreferencial.

María pudo dar a luz a Cristo porque se vació, se abrió y concentró todo de sí misma en la vida que creció dentro de su vientre y que tuvo que llevar a su plenitud. Se inclinaba hacia el hijo al que tuvo que dar a luz sin pensar en sí misma.

Para ayudar a hacer nacer, la partera se centra en el pequeño niño que nace, espera pacientemente y con respeto la llegada del bebé, cuida de su seguridad, su salud y lo recibe con ternura, dignidad y amor.

Alguien nace cuando es apreciado, puesto de pie, ayudado a promoverse en todas sus potencialidades, cuando se lo respeta en su individualidad y se le valora.

Alguien no nace, al contrario, muere cuando se le mira con indiferencia, cuando es aplastado, cuando es ignorado y pisoteado en su dignidad y potencial, cuando no se lo considera digno de atención, escucha y delicadeza, y se lo considera invisible en su ser persona.

Todos podemos hacer nacer a alguien, y todos podemos hacer que alguien "muera"... si he experimentado la vida en mí misma y he encontrado a quien me hizo nacer como persona, tendré la capacidad de hacer nacer a alguien a la vida, la alegría y al sentido del amor paterno y materno de Dios."

Y concluyo con la tercera respuesta: "Es un servicio muy grande con mucha responsabilidad, así que primero hay que prepararse. Seguir la evolución de esa persona en la vida diaria; abrir el corazón para recibirla y preparar todo lo necesario para que, cuando nazca, encuentre todo listo, porque su nacimiento no debe ser improvisado".

¿Cómo nos preparamos para ser parteras de la vida que espera para salir en cada una y que tiene necesidad de amor, calidez, apoyo, reconocimiento, educación, metas y esperanza?

¿Cómo recibimos a quienes están al lado en la comunidad, en el apostolado, en el servicio? ¿Valoramos sus dones, propuestas o sugerencias? ¿Damos espacio a la expresión creativa de sus talentos para el bien común de la misión? ¿Sabemos colaborar en equipo, en diálogo y en busca de soluciones para una mejor calidad de vida?

Surgen muchas preguntas en el corazón. El Adviento es un tiempo de espera, de preparación, de preguntas, como lo vivió la Inmaculada Virgen María. Junto a ella, vivamos este tiempo de gracia para continuar nuestro proceso de nacimiento hacia una nueva vida y dar a luz a otros, para "vivir en Cristo y hacer vivir a todo el mundo de Cristo" y para poder cantar en Navidad con alegría de corazón: "¡Gloria a Dios en las alturas, y paz a los hombres y mujeres amados por el Señor!" continuando esta extraordinaria aventura en el Nuevo Año 2026.

En comunión con las hermanas del Consejo general, las saludo y les deseo ¡Feliz Navidad!



M. Alicja Kędziora

Hna. M. Alicja Kędziora
Superiora general

La carta se lee en comunidad, acompañada de una breve resonancia. Durante el tiempo de Adviento reflexionamos y concretamos propuestas personales y, al final del Adviento, compartimos nuestra experiencia con las hermanas de la comunidad.

Roma, Casa general, 25 de noviembre de 2025.